

La Vida literaria



SUPLEMENTO DE LA REVISTA "ESPAÑA Y AMÉRICA"

AÑO I	CÁDIZ, MAYO DE 1927	NÚM. 5
-------	---------------------	--------

GLOSARIO MENSUAL

D. RAFAEL ALTAMIRA

Entre las muchas personalidades ilustres que han venido a Cádiz, con motivo de la celebración del Congreso de Ciencias, merece citarse, especialmente, por su alta significación, alemanamente catedrático y americanista D. Rafael Altamira y Crevea, también eximio escritor y una de las figuras españolas contemporáneas de mayor relieve.

Ocuparse detenidamente de sus numerosas y valiosísimas obras — que pronto se publicará en edición especial, que constará de setenta volúmenes — sería tarea extensísima, ya que al efectuarlo sería preciso hacer un estudio minucioso de ellas, que ocuparía infinidad de páginas. Basta, pues, a nuestro objeto, y como sincero homenaje de admiración a tan insigne publicista, dar, al correr de la pluma, unos ligeros datos biográficos del que, durante una semana, ha sido esclarecido huésped de la capital gaditana.

Nacido en Alicante el 10 de Febrero de 1866 y criado en Cádiz hasta los 4 años, volvió a Alicante, donde hizo sus estudios primarios y secundarios hasta los 15 años.

En sus trabajos de adolescente (cuentos, artículos), mostró ya su preferente doble vocación a los estudios literarios e históricos y, en estos últimos, a los de historia social, jurídica y de la civilización.

En la Universidad de Valencia estudió la Licenciatura en Leyes. Allí escribió su primer libro *Introducción a la Historia*, que quedó inédito, y sus primeras nove-

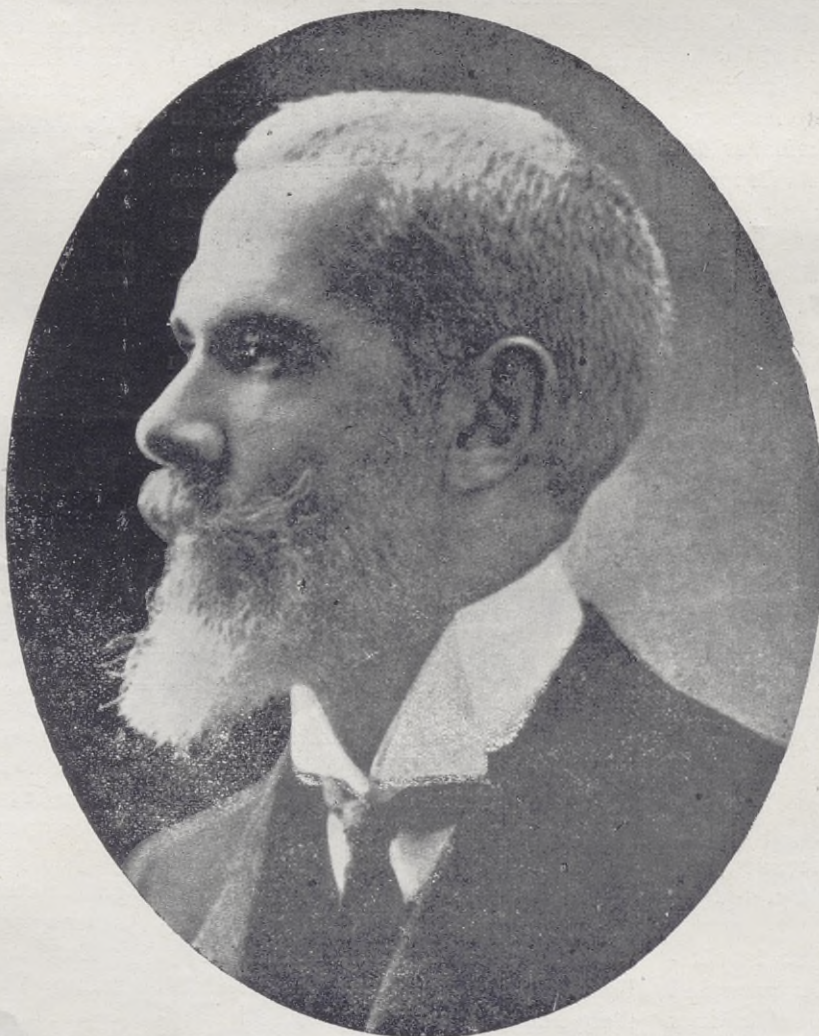
Doctor en Derecho en 1887. Discípulo de Giner de los Ríos (de quien fué auxiliar en la cátedra de Filosofía del Derecho, confiada a él varias veces por el maestro), de Azcárate, de Joaquín Costa (con quien vivió y que le inició en la epigrafía y otras ciencias auxiliares de la Historia) y de Salmerón, a cuya cátedra de Metafísica asistió varios cursos.

En el último año de su carrera, en Valencia, escribió el libro *El realismo y la literatura contemporánea*, que publicó «La Ilustración Ibérica» y que le valió el elogio y la amistad, nunca interrumpida, de *Clarín*.

La influencia de Giner le inclinó, desde 1888, a los estudios de Pedagogía y a opositar el puesto de secretario 2.º del Museo Pedagógico Nacional, donde trabajó de 1888 a 1897. Dió allí varios cursos de Historia de España y de Metodología y escribió su *Enseñanza de la Historia*, cuya 1.ª edición se agotó rápidamente y fué desde entonces la guía metodológica de los dedicados a los estudios históricos.

En 1890 publicó su tesis doctoral ampliada, que forma la *Historia de la Propiedad Comercial*, libro que Kropotkin elogió.

Al mismo tiempo escribía en «La Justicia» críticas de teatros y de libros y artículos de literatura y ciencia jurídica y social.



EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Ilustre catedrático y publicista

las y artículos de crítica (sobre Palacio Valdés, López Bago y otros autores de la época), publicadas aquéllas y éstos en el folletón de «El Mercantil Valenciano».

Desde 1891, se encargó del Boletín Bibliográfico español en la *Revue Historique* de París, por designación del gran historiador Gabriel Monod.

En 1892 publicó un tomo de crítica literaria, *Mi primera campaña*, a que *Clarín* puso prólogo. Poco después, una novela. Por este tiempo comenzó a planear y escribir su *Historia de España y de la Civilización española*, a la vez que publicaba y dirigía la *Revista crítica de Historia y Literatura españolas, portuguesas e hispanoamericanas*, con la colaboración de Menéndez y Pelayo, Hinojosa, Costa, Codera, Hubner, Mitjana, Mélida, Candau, Carolina Michaelis, Adolfo Coelho, Gasófalo y otros muchos escritores españoles y extranjeros. La revista duró hasta 1902.

En 1897 ganó por oposición la cátedra de Historia del Derecho español de la Universidad de Oviedo. En el tribunal que le votó eran jueces Menéndez y Pelayo y Azcárate y ambos le votaron.

De 1897 a 1910 inclusive, desenvuelve en Oviedo su actividad docente y literaria. Publica los 4 tomos de su *Historia de España*; el manualito (un volumen) de *Historia de la civilización española*; la 2.ª edición de *La Enseñanza de la Historia*; la 1.ª de la *Psicología del pueblo español*; las *Cuestiones preliminares de Historia del Derecho*; la novela *Reposo*; el libro de *Historia y Arte* y el de *Psicología y Literatura*; etc. Crea en la Universidad la Extensión Universitaria, que funciona desde fines de 1898 a 1910, dedicada principalmente a la cultura de los obreros.

En Junio de 1909 marchó a América comisionado por la Universidad para iniciar las relaciones intelectuales con los países de habla española. El viaje duró diez meses. Dió cursos y conferencias en Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México, Yucatán y Cuba.

Llamado por la Asociación de Historiadores norteamericanos va (en Diciembre-Enero 1909-10) a Nueva York y da conferencias en varias Universidades.

De regreso en España (1.º de Abril 1910) vuelve a su Universidad de donde es llamado a encargarse de la Dirección general de primera enseñanza, de nueva creación y con carácter técnico, no político. En ella trabajó hasta Octubre de 1913.

En 1914 obtuvo por concurso la cátedra (en el Doctorado de la Universidad Central) de *Historia de las instituciones políticas y civiles de América*, materia en que se había especializado, y en que sigue trabajando. A la vez era nombrado, en el Instituto Diplomático y Consular, recientemente creado por el Ministerio de Estado, profesor de Historia de la Colonización moderna y de *sistemas de colonización en África*. La primera cáte-

dra citada fué—por un cambio de plan del Instituto—cambiada en otra de *Historia política contemporánea de América*, que sigue regentando.

Desde 1916 representó en el Senado, sin interrupción, hasta 1923, a la Universidad de Valencia.

Mientras tanto había verificado dos viajes a los Estados Unidos (1912 y 1915) llamado por Universidades y Asociaciones, y a varios países de Europa, con el mismo objeto o como Delegado del Gobierno español para misiones científicas y Congresos internacionales, (1903, 1908, 1911, 1912, etc.)

En 1919 comenzó su actuación jurídica internacional como árbitro español en la Comisión de litigios mineros de Marruecos (París). En 1920 fué nombrado por el Consejo de la Sociedad de las Naciones miembro de la Comisión especial de 10 jurisconsultos que se reunió en La Haya para redactar el Proyecto de Tribunal de Justicia internacional.

En Septiembre de 1921 fué uno de los nueve jueces de ese Tribunal (que comprende once de diferentes naciones) elegido en primera votación por todos los países que componen la Asamblea y el Consejo de la Sociedad de las Naciones.

Desde entonces, la mayor parte de su actividad y de su tiempo le absorben las tareas del Tribunal, que en los cinco años que lleva de funcionar ha resuelto más de veinte graves cuestiones entre Estados o referentes a la legislación internacional obrera.

Esto no le impide, siempre que viene a España, continuar su labor docente sin

descansar un solo día y acometer, como ya lo ha hecho la publicación de sus *Obras Completas*, que según decimos anteriormente, comprenderán setenta volúmenes. De ellas hay ya publicadas: el tomo I de una nueva edición (en 3 tomos) de la *Historia de la propiedad comunal*; tres tomos de la «Colección de textos para el estudio de la Historia de América»; un tomo de *Estudios de crítica literaria* y otro de *Cuentos de mi tierra* (Alicante). Actualmente se imprime, completamente renovada, la *Historia de la Civilización española* (un volumen).

Fuera de las *Obras Completas* acaba de publicar un *Epítome de Historia de España*, concebido según un plan nuevo y dedicado a los profesores de 2.ª Enseñanza y a los maestros primarios.

Es miembro de la Real Academia de Ciencias Morales y Política, de la Historia, del Instituto y Colegio de Francia, de la Real Sociedad Literaria de Londres donde ha dado conferencias y de otras varias Corporaciones.

Tal es, a grandes rasgos, la biografía del egregio americanista don Rafael Altamira, con cuya valiosa firma se honra hoy «La Vida Literaria», atención doblemente agradecida, ya que ahora no se ve prodigada, como en otras épocas, en los principales periódicos y revistas de los dos Continentes, pues sus ocupaciones actuales le impiden dedicarse a lo que fué siempre para el sabio catedrático una de las más gratas tareas.

ZAHORÍ

CARTAS DE HOMBRES

EL HADA INVOLUNTARIA

(Capítulo inédito de un libro en preparación)

Sé que vives y quiero escribirte antes de que mis achaques me imposibiliten para ello. Probablemente, ignoras que me he quedado solo. Cuando yo era joven, me agradaba mucho aislarme (¿recuerdas que era un poco misántropo?) porque no todas las compañías me acomodaban y me encontraba bien con los libros y con mis propios pensamientos. ¡Pero ahora! Mis hijos todos se han casado y andan dispersos por el mundo con sus respectivas familias. De tarde en tarde, uno de ellos se viene a pasar un instante, como las golondrinas viajeras en el alfeizar de mi ventana. Luego vuelve la soledad de la vejez, la más espantosa de todas. Recibo pocas visitas; mi vista fatigada me permite leer muy poco,

y así estoy, como Fausto después que la Inquietud le sopló en los ojos, frente a frente de mi espíritu, en coloquios larguísimo que van pasando revista a mi vida pasada y presentándose el balance de ella, tan temeroso siempre, aún en la más serena y pura de las conductas humanas.

En esa revista, tú apareces a cada momento. Ya sé que no me creerás, porque estás muy prevenida contra mí y los hechos parecen darte razón: pero lo cierto es que tu imagen es el aparecido constante en mi vida interior, y el recuerdo de nuestra época de enamorados se ha repetido en ella como el *ritornello* de esas canciones que se aprendieron a fuerza de oirlas y repetimos a cada instante inconscientemente.

Tú preguntarás que siendo así, y habiendo estado en mi mano durante tanto tiempo mi propio destino, cómo no lo dirigí hacia donde lo más hondo de mi sentimiento se inclinaba. Añadirás que después de *nuestra catástrofe*, me consolé bien pronto... ¿Pero tú sabes si aquello fué consuelo o fué, simplemente, necesidad de dar a alguien el tesoro de afecto que tú no quisiste recibir cuando te lo iba a entregar por entero y para siempre?

Por que no olvidemos el origen de las cosas. Fuiste tú la culpable; y tu negativa llegó en el momento en que yo te proponía consagrar una juventud, ya larga, de amor, con la fundación de un hogar para el que me sentía con fuerzas. ¿Por qué, entonces, dijiste que no? El pretexto alegado, ni a tí misma podía convenir. Era un pretexto, que escondía alguna otra razón no confesada.

No sabría decirte ahora el dolor que me hiciste sufrir. Los años han ido borrando la violencia del golpe y la conciencia del estado de espíritu que produjo. Todas las líneas del recuerdo son tan borrosas ya, que sería imposible dar de él una imagen clara ni un análisis exacto. Pero no olvido que sufrí mucho.

En mi sufrimiento de entonces, todas las penas anteriores se renovaban y se juntaban en una, dándome, quizá, la clave de tu negativa. Esas penas, tú sabes bien de donde procedían. Durante nuestro largo noviazgo, yo fui siempre el apasionado; tú, la desdeñosa... No, no protestes. Te entiendo y quiero ser justo. No niego que me quisieras algo, tal vez mucho para tí; pero estuvimos siempre en la misma relación sentimental en que estuvieron Victor Hugo y su prometida, hasta que se casaron. Yo encontraba siempre en tí un vacío, una falta de rima con mi pasión, aún dentro de los límites que podíamos permitirnos y que jamás pensé traspasar. Había en tus respuestas a mis cartas, en tus conversaciones conmigo, en tu conducta toda, un no sé qué de frialdad al que se llegaba pronto, demasiado pronto, a lo menos para quien quería como yo. Y eso me hacía sufrir mucho y, a veces, me llevaba a preguntarme si yo sería feliz contigo.

Tu negativa al matrimonio dió mayor relieve a esa experiencia; y como antes te digo, me ofreció una clave de tu resolución. Quedé con el alma destrozada; y si la curación vino luego, porque estaba en lo humano que viniese, tú seguiste siendo la base subconsciente de mi vida sentimental. No vacilo en emplear esa frase, porque sé que puedes entenderla.

Y siempre que aparecías en mis recuerdos de vigilia y en mis sueños (¡oh, cuántas veces en éstos y qué poesía dejaban tras de sí por días enteros!) te veía

la misma, renovando con tus desdenes relativos, o con tu frialdad *definitiva*, mi sufrimiento de enamorado. Los años transcurrían, los acontecimientos de mi vida también, cada vez más complejos y más desligadores del pasado; pero tú perdurabas, retoñando en cada aparición el dolor y la dicha de aquel idilio de juventud que, externamente, parecía borrado de mi espíritu, pero que brillaba en el fondo de éste con luz vivísima, cuando uno de esos vaivenes del alma y cuyo proceso nos es desconocido, hacía girar su eje y descubría el lado en que las imágenes preféritas aguardaban el momento de surgir otra vez a la superficie de la conciencia.

Y eso (y no mis quejas) es precisamente lo que quería decirte y por lo que te escribo. Quiero que sepas—y a un viejo como yo, ya se lo puedes creer,— que tú has sido el *clair de lune* de mi vida, es decir, mi poesía romántica, y que continuas siéndolo. Eso te dice cuán profundamente arraigaste en mí. Tal vez, si nos hubiéramos casado, hubieses dejado de serlo: no he de ocultarte ese mal pensamiento mío; pero como no nos casamos, pude seguir queriéndote yo solo, sin contradicción ni desengaño de tu parte y conservar, en lo más recóndito de mi alma, aquél culto que te tuve y que, a fuerza de ser platónico, ha podido persistir sin dañar a nadie. Has continuado siendo—repito— la zona de poesía pura de mi vida, porque eras la poesía de mi juventud; pero aun has sido más, y eso sí que no puedes haberlo sospechado nunca. Has sido la hada benéfica de mi destino. Tan fundamentalmente naciste para mí bien, que aun al causarme un mal, al

sacrificarme de momento (¿quizás también con sacrificio tuyo? permíteme esa vanidad casi póstuma), labraste el pedestal de posibilidades de mi porvenir.

No sé si tu creías en ese porvenir mío. Yo no. Hallábame entonces en un período de pesimismo. Si nos hubiésemos casado cuando yo pretendí, ese pesimismo me hubiera llevado a reducirme (contigo, eso sí) en un rincón provinciano, y la puerta del destino se hubiera cerrado detrás de mí para siempre. Estoy seguro de eso. Al rechazarme, me lanzaste al mundo; me obligaste a luchar de nuevo y por otras cosas, a conocer nuevas gentes que creyeron en mí y me cambiaron el pesimismo en optimismo. Y de ese modo, todo lo que ha sido luego, te lo debo a tí indirectamente: has sido para mí, «poesía y realidad». ¿Me permites evocar ese título de un libro de Goethe que leíamos juntos y que parece ajustado a lo que vengo diciendo?

¿Te llevará esta carta un poco de la poesía que la dicta y que tu fuiste y eres para mí? Eso depende de como tengas el corazón para conmigo. Tal vez los años te lo habrán depurado de amarguras y rencores. En todo caso, y eso ya no depende de tí, esta carta, te lleva mi bendición. ¡Bendita tú que has sembrado mi vida de dichas hasta la más rara, la más difícil a los humanos, de no perder en el naufragio que la vejez representa, no digo ya el recuerdo, sino la presencia viva de algo que corresponde a una edad y una ilusión que los años casi siempre implacables, marchitan y alejan de nosotros hasta hacénnoslas indiferentes!

RAFAEL ALTAMIRA.

NUESTROS CUENTOS

BUSCAR TRES PIES AL GATO

Pues, señor, que en Valdelucía, buen pueblo de pesca, donde todo andaba manga por hombro, vivía un zapatero llamado Juanillo, hombre de pelo en pecho, bueno como el pan, pero que siempre tenía el santo de espaldas. Era, pues, más pobre que Carracuca, y cuando, de higos a brevas, le caía algún chapuz, el hombre se ponía más alegre que unas castañuelas y echaba la casa por la ventana, como quien ha puesto una pica en Flandes.

No se crea que Juanillo era un hombre de esos que apenas saben de la misa la media y se andan siempre por las ramas; por el contrario, sabía donde le apretaba el zapato y, cuando era necesario, ponía pies en pared sin pararse en pelillos.

Tampoco gustaba de estar mano sobre mano, mirando las musarañas o papando moscas, sino que arrimaba el hombro en las ocasiones y trabajaba como un negro; pero, como tenía tan mala sombra, nunca le llegaba la buena y andaba siempre a la cuarta pregunta. El, aunque hacía de tripas corazón, las veía ya muy negras, y temía que aquello iba a terminar como el rosario de la aurora.

Juanillo tenía un amigo, buena pieza, que ardía en un candil y no se ahogaba en poca agua, porque tenía buenas tragaderas. Juanillo y Perico — que así se llamaba aquel peine — estaban a partir un piñón; pero eran tan diferentes como el agua y el vino. Perico entendía la aguja de marear; se había echado el alma a las

espaldas, poniéndose el mundo por montera, y a trueque de llenar la andorga o empinar el codo, era capaz de sacar pelotas de una alcuza. Charlaba como un descosido, sabía bailar el agua a los más ricos, y como andaba siempre de la seca a la meca, era más conocido que la ruda. Así iba trampeando. No es que pudiera tratarse a cuerpo de rey, ni a que quierres, boca; pero andaba siempre a caza de gangas, y, por zancas o barrancas, de todas partes sacaba raja. Era una ardilla. No había pez como él en toda la comarca. ¡Vaya un pájaro!

Perico no todo el monte es orégano. Llegó un día en que se acabó lo que daban. Sus protectores le dejaron a buenas noches, mandándole con la música a otra parte y Perico se quedó a la luna de Valencia. Entonces, por no dar su brazo a torcer, decidió tomar las de Villadiego; esto es, poner tierra por medio, resuelto a correr la gandaya aunque fuese en el quinto infierno.

Perico contó de pe a pa su proyecto a Juanillo. Este creyó que su amigo había perdido la chabeta, y le echó un jarro de agua fría, poniendo los puntos sobre las íes.

—¡Pero hombre!—le dijo— ¡Tú eres un loco de atar! ¡Tú no sabes lo que te pescas! ¿Crees acaso que en otras tierras atan los perros con longaniza? No te marches de aquí, ni hagas castillos en el aire, porque irás de Herodes a Pilatos y a la postre volverás sin pluma y cacareando, como el gallo de Morón. ¿Quién te mete en camisa de once varas?

Perico lo tomó por donde quema y dijo:

—Pero tu te has creído que estoy en Babia? Yo tengo mi alma en mi almario y no suelo hablar a tontas y a locas. Te aseguro que no ha de faltarme un agujero en donde meterme, porque no tengo pelo de tonto. Y en resumidas cuentas, yo hago de mi capa un sayo. Lo que fue- re sonará.

—¡Allá se las campaneel!—dijo Juanillo para su capote — Se le ha metido entre ceja y ceja y no le convencerán frailes franciscanos. Querer sacarle de sus trece es pedir peras al olmo. ¿Para qué he de predicar en desierto y machacar en hierro frío? Su alma en su palma. Pero ¡ya se lo dirán de misas!

Y dicho y hecho. Cierta día Perico, a la chita callando, tomó el tole y pian pianito echó a andar carretera arriba. Como no tenía nada que perder, todo le salía por una friolera.

Perico, sin duda alguna pasó entonces las de Cain. ¿Por donde anduvo? ¡Averígüelo Vargas! Suponemos que pasaría buena gazuza, que andaría a salto de mata y se vería más de una vez en calzas prietas. Pero había nacido de pie, y como el mundo da muchas vueltas al cabo de

algunos años aquel pelagatos que no tenía donde caerse muerto, reapareció en Valdelucía tan ancho que no cabía en el pellejo, escupiendo por el colmillo y con más orgullo que D. Rodrigo en la horca. Por arte de birlibirlo que había hecho una fortunita y llevaba bien cubierto el riñón.

Los valdelucianos, cuando le vieron dándose pisto, se quedaron de una pieza. Algunos, suponiendo que había gato encerrado, tocaban el cielo con las manos y ponían a Perico como chupa de dómine. Otros, los más, le hacían cucamonas y le limpiaban las motas, por si se les pegaba algo. El, entretanto, sintiéndose un ardite de aquellos pazguatos, los miraba por encima del hombro y ni siquiera les decía: Por ahí te pudras.



D. NARCISO ALONSO CORTÉS
Eximio literato castellano

Juanillo se vió entre la espada y la pared. Estaba en brasas por saludar a su amigo, y al mismo tiempo temía que le echasen con cajas destempladas. Pero como entonces atravesaba una crujía espantosa, decidió jugar el todo por el todo, en la esperanza de que su amigo aflojase la bolsa, aunque fuera a regañadientes. Cierta día, pues, se puso de punta en blanco, y más tieso que un ajo marchó en busca de Perico.

—Perico—le dijo de sopetón— : tú fuistes mi compañero de armas y fatigas. Siempre fuimos uña y carne, bien lo sabes... Estoy con el agua al cuello. Sácame de este atolladero.

—Para, para el jaco—contestó Perico—¿Es que se habla así a una persona de campanillas? ¡Me gusta la salida de pie de banco! ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

A Juanillo le llegó a lo vivo y como tenía malas pulgas, estuvo en un tris que lo echara todo a rodar, cantando las cuarenta a aquel piojo puesto en limpio, y poniéndole como hoja de perejil; pero como a la fuerza ahorcan, tragó saliva y habló así, aunque la procesión andaba por dentro:

—Perdone usted si se me fué el santo al cielo. Yo creí que era usted el mismo Perico que trataba conmigo mano a mano y hasta iba en mi compañía de picos pardos.

—No hay tales carneros; y además, no está la Magdalena para tafetanes, ni el horno para bollos—repuso Perico.

—Sí, sí—contestó Juanillo—ya se ve que usted pica muy alto y que yo soy la última palabra del Credo. Unos nacen con estrella...

—Al grano, al grano—interrumpió Perico con cara de pocos amigos.

—Pues el grano—dijo el otro cuitado— es que estoy más pobre que las ratas; que no encuentro una peseta por un ojo de la cara, y que si usted no me dá unos cuartos para comer, estiro la pata en menos que canta un gallo.

Bien creyó Juanillo que pedía cotufas en el golfo, y que su examigo se llamaría andana o haría oídos de mercader, dándole con la puerta en los hocicos. Quedóse, pues, viendo visiones, cuando observó que Perico se rascó pelo arriba y dijo:—Eso es harina de otro costal— y sacando dos ojos de buey se los entregó a tocateja, mondos y lirondos. Pero lo hizo con tales ínfulas y poniéndose tantos moños, que bien pudiera perdonarse el bollo por el coscorrón.

—¡Bah! pensó luego.—Por si o por no, venga la mosca que lo primero es lo primero y mejor es aguantar vela que comerse los codos de hambre. Si algún día me soplan buenos vientos, le devuelvo lo suyo y Santas Pascuas.

Y parece que aquello fué mano de santo. Desde entonces le llovieron los encargos, y los parroquianos acudían a su casa como moscas a la miel. Hizo su agosto en poco tiempo; y como no se le cocía el pan hasta pagar aquel pico, cierto día se plantó en casa de Perico y sin decir oxe ni moxe puso en su mano las diez del ala.

—No es puñalada de pícaro—dijo el otro;—pero en fin, a Segura le llevan preso. Yo bien creí que me la jugabas de puño y te alzabas con el santo y la limosna.

Juanillo que no quería andar en dimes y diretes, ni perder los estribos por un quitame allá esas pajas, optó por tomar la puerta sin decir esta boca es mía.

* *

Perico no contaba con la huésped; pero cierto día se encontró con la horma

de su zapato. El diablo, que no duerme y todo lo añasca, quiso jugarle una mala pasada, dándole un disgusto de padre y muy señor mío.

Sucedio, pues, que una noche, negra como boca de lobo, llovió a cántaros en Valdelucia. Ríos y arroyos se salieron de madre, y en un periquete el pueblo quedó inundado. Los vecinos, viéndose en un brete, corrían como alma que lleva el diablo; al fin, todos salvaron la pelleja, pero del susto no les llegaba la camisa al cuerpo. Solamente, Perico, que dormía a pierna suelta, lo mismo que un tronco, al despertar se encontró de manos a boca con el agua que llegaba a su ventana. Se le pusieron los pelos de punta. Todas las calamidades que había pasado en su vida de perro, eran tortas y pan pintado junto a semejante apuro.

Entretanto los valdelucianos, como estaban con el alma en un hilo, no se acordaban de Perico ni del santo de su nombre. Sólo uno, Juanillo, tomó en santiamén la barca de un pescador, y sin pararse en barras remó hacia la casa de Perico, el cual, al observar que llegaba su antiguo amigo, vió el cielo abierto.

—¡Juanillo! —le dijo a gritos. —¡Compañero mío de armas y fatigas! ¡Sálvame! ¡No me dejes con el agua al cuello!

«—¡A mi que las vendo! —pensó Juanillo.— Has caído en el garlito y va a costarte la torta un pan». Y luego en voz alta, dijo.

—Para, para el jaco. ¿Es que se habla así a una persona de campanillas? ¡Me gusta la salida de pie de banco! ¿En qué bodegón hemos comido juntos?

—¡Por Dios! —exclamó Perico.— ¡No tomes a pecho mis ofensas! ¡Hé sido un necio de tomo y lomo! ¡Pero canto la palinodia!

—A otro perro con ese hueso —dijo Juanillo.— El que no te conozca, que te compre. ¡No hay tu tía! Ya sé de que pié cojeas.

Juanillo hizo ademán de largarse, y entonces Perico puso el grito en el cielo.

—¡Basta, hombre, basta! —dijo Juanillo.— He querido tan solo ponerte las peras a cuarto; ahora, que ya has visto las orejas al lobo, te sacaré los pies de las alforjas. Pero en lo sucesivo, advierte que es preciso andar con pies de plomo; que, aun teniendo la sartén por el mango, nadie debe alzar el gallo, porque se expone a que le salga el tiro por la culata; que cuando menos lo pensemos, se vuelve la tortilla: y que dijo muy bien aquél que dijo: Arrieritos somos...

—¡Hablas como un libro! —repuso Perico.— ¡Yo había tomado el rábano por las hojas! Se me había subido el tufo a la cabeza, y a pies juntillas creía que oro son triunfos.... Pero no echaré en saco roto la lección de hoy.

Juanillo puso en salvo a Perico que estaba más corrido que una mona. Desde entonces cambió tanto como si le hubieran vuelto del revés. Ni volvió a subirse al guindo, ni a tirárselas de plancheta; trató a todos a la pata la llana, y bendijo a su amigo Juanillo que le había abierto los ojos, haciéndole caer de su burro.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

LA SATURNA

NOVELA DE JOSÉ M.^a DE ACOSTA

Pío Baroja nos habla en el prólogo de «*La nave de los locos*», sobre la técnica propia de algunos novelistas. Para nosotros esta afirmación de Baroja es una redundancia. Las técnicas de cualquier arte, y de cualquier estilo, han de poseer carácter propio, diferenciado y neto; de lo contrario, se pecará de artificio y superficialidad en la manera de contemplar los motivos y en la manera de desenvolver sus características peculiares. Por lo tanto, no hay arte fuera de la psicología individualista del artista. Y, por ello, precisamente, mientras más individual y más propia es una pieza artística, mayor generalidad alcanza en la contemplación de los otros, que son tanto más parecidos al autor, cuanto más hondo y más sincero es éste. He aquí resuelta con claridad meridiana la paradoja que entrañan las siguientes palabras que patrocinamos: *a mayor individualidad en el*

arte, corresponde mayor generalidad en su apreciación intuitiva y preceptiva.

* *

No hay, pues, técnicas escolásticas, en materia de arte. El arte, considerado como cosa universal, es una serie de individualidades que se conexionan por sus analogías íntimas; y, no una universalidad que anula las diferencias de los tipos estéticos. El arte es cosa humana, y quien dice humanidad dice diferencia, dice finitud, dice complementación de diversidades armónicas. dice función de analogías, pero, jamás expresa el carácter universal e infinito de una plenitud absoluta. Por eso mismo, técnica artística no es otra cosa que carácter propio y estilizado de todo desarrollo estético.

* *

Al leer «*La Saturna*», de José María de Acosta, hemos buscado en esa obra su

técnica, su modalidad diferenciada y propia. Y no hemos adelantado preconceptos para digerir esa técnica. Para el crítico avezado en su profesión, hay dos maneras de juzgar las obras que lee: *considerar las obras por lo que en ellas está presente y considerarlas por lo que no suponen esas obras; por ausencias y por presencias.* Ausencia de aciertos y presencia de aciertos; presencia de desaciertos y ausencia de desaciertos. Así, por ejemplo, es una muy estimable ausencia de error en la novela, el hecho de que el Sr. Acosta haya evadido las influencias novelísticas más poderosas de su época. Nosotros no encontramos analogías pecaminosas en sus páginas. Esto es muy meritorio si se estima el momento como cristalizado en un medio de influencias justamente arrebatadoras. Se trata de un caso, o, mejor dicho, de un magnífico síntoma de personalidad poderosa que ya nos atrevemos a aplaudir en José María de Acosta. Y, caminando hacia el otro extremo, están presentes bellísimas cualidades en su novela: su capacidad de observación de costumbres españolas; su poder sintetizador de interesantes psicologías, derivadas de la observación inteligente del medio; el todo armonioso de los episodios, por la naturalidad que en ellos campea; la ausencia de tesis empalagosas; de generalizaciones bastardas, de rimbombancias en las diversas situaciones de sus personajes; el acierto en escoger detalles corrientes de la vida y, sin embargo, originalmente escogidos y tratados—léase la bellísima página dedicada a los escaparates; o aquella otra llena de sutil meollo y de primavera gracejo, dedicada a las interrupciones del diputado Castillo—; la habilidad estupenda que tiene el autor de evadir las gazmoñerías, en una obra que es esencialmente ética por sus propósitos, moral por las convicciones filosóficas del artista; y la frescura e ingenuidad de sus sátiras y la parsimonia de su estilo gallardo, sencillo, armonioso y, modernista, en una palabra. Todas estas son cosas presentes y magníficas en la obra de José María de Acosta. Y, sobre todo, a los hispano-americanos nos place encontrar en este autor, cierta frescura tropical, ajena, por muchos aspectos, al clasicismo embrollado y antidiluviano de algunos buenos escritores españoles de principios de siglo, cuyas prosas, por interesantes que ellas sean, siempre nos han parecido apergaminadas y duras, como paisajes moriscos de los que suelen contemplarse a orillas de los desiertos. ¡No! En la novela de Acosta hay frescura, mucha frescura, sin alardes ni redundancias.

M. VINCENZI.

San José de Costa-Rica, 1927.

Poetas contemporáneos



LUCES EN LA NOCHE

En las horas mudas de la noche quieta
llena de negruras y profundas calmas,
cuando solitario deslía el poeta
su cendal de rosas para vestir almas,
enuelta en las sombras duerme la ciudad....
Pero tiemblan luces en la soledad.

Hay una luz ténue que vé temblorosa,
la muerte, insensible al dolor de una
madre enloquecida que acude llorosa
al infante enfermo que gime en la cuna
y quiere con llanto sus alas mojar
para que el querube no pueda velar.

Otra luz velada vé el placer que vende
las torpes caricias e inmundos errores.
Aquella que brilla porque amor la enciende
contempla la virgen que insomne de amores,
su ensueño de rosa traza en el papel
que, en sus soledades, ha de besar él.

Reptan allá lejos, rojas lumbraradas.
Es el tren que arrastra todas las pasiones
eco de otras almas — ¡cartas esperadas!

Y al calor de vivas iluminaciones
rotativas y hornos laborando oan
preciosas ofrendas de ideas y pan.

Ven otros destellos, la insana caricia
del vino que enturbia y el azar que ciega.
Brama la inconsciencia. Crispa la codicia.
Y, llovizna de oro, los gérmenes riega
de fores sangrientas de crimen venal
de frutos hediondos de oprobio y de mal.

¡Almas de la noche! ¡Luminar silente!
Fulgor vacilante del placer estulto;
ojos lacrimosos del vivir doliente;
vivas llamaradas del amor oculto;
fuego de pecado; llamas de virtud;
que acusais del hombre la eterna inquietud
decidle a la noche: — ¡Tú no eres descansol!
¡Lu ciudad no duerme! Velan las pasiones
porque es ley del hombre no hallar un remanso.
¡No hay impulso humano que vuelva a nacer
a la clara risa del amanecer!

JOSÉ M. MONFORT.

EL DÍA MAGNÍFICO

Hoy floreció una rosa en mi alma. . Hoy he sido
renovación, ensueño, trabajo y voluntad...
Entre la luz purísima de este día inefable
se transformó mi vida en un canto al Ideal.

Claros voces de niños venían del jardín
El mundo estaba lleno de amor, de gracia y paz...
Todo esa misteriosa y emotiva dulzura
¡cómo puso en mi alma su azul diafanidad!

La mañana me trajo el don de su frescura.
Me ofrendó el mediodía la sencillez del pan.
Y la tarde fué buena a mi sed de Belleza,
y la noche colmó mi ansia de Eternidad...

Hasta en el infinito dolor que me tortura
encontré yo no sé que amigo fraternal...
Hoy floreció una rosa en mi alma... Hoy he sido
renovación, ensueño, trabajo y voluntad.

GASTÓN FIGUEIRA.
(Uruguayo)

VINO DE SOL

Levantarse temprano
y tener un amor...

¡Dios mío,
que bien está mi corazón!
Por mis ventanas entra
un claro resplandor
y se llena de ritmo el fragante
silencio con su voz.

Hasta la misma angustia cuyo diente
la carne de mis sueños desgarró,
deshoja, entre los irios entreabiertos,
una amable canción.

Brilla sobre mis ansias
la sonrisa de Dios.
Es por eso, sin duda, que están llenas
mis copas de licor:
zumos de estrellas,
vino de sol.

Si me fuese posible
ver, de nuevo, al dolor...
¡con qué gusto le diera de este vino
para pagarle el vino de sombra que él me dió!
¡Qué bien está, Dios mío,
mi corazón!

MANUEL NAVARRO LUNA.
(Cubano)

LA CAPA DEL LIBERTADOR

Era blanca la capa del Coloso,
blanca como las nieves de la Sierra.
que seguido de ejército glorioso
cruzaba el hombre que asombró a la tierra.

Frió tenaz esa mañana hacía,
la nieve engalanaba los caminos
y ni un rayo de sol resplandecía
en los nevados páramos andinos.

Un veterano humilde más valiente,
por el frío profundo dominado,
cayó rendido entre la brava gente.

Bolívar lo notó: voló a su lado,
y la nevada capa del Vidente
fué a cubrir los andrajos del soldado!

TULIO MENDA.
(Venezolano).

COMO BLANCA FLOR DE LOTO...

Alburas inmaculadas
fieren tus 11 años de seda,
como las manos sagradas
de Mariana de Pineda.

En tu frente pensativa
hay un misterio de amores;
algo que te hace cautiva
del dolor de los dolores.

En tus párpados cansados
lucen de extrañas maneras,
los lirios amoratados
de las cárdenas ojeras.

Hay en tu faz delicada
como blanca flor de loto,
algún desconsuelo ignoto
que no se calma con nada.

Y tus labios ideales
donde hay carmín con exceso,
parecen pedir el beso
de cariños inmortales.

En tus noches sin aurora
cuantas veces te presiento
llorar con el sentimiento
que ninguna mujer llora.

En nostalgias dolorosas
tu corazón se consume;
bello rosal que da rosas,
pero resas sin perfume.

De tu juventud marchita
el postrer destello muere.
¿Qué tienes tú tan bonita
que ningún hombre te quiere?

Calladamente te agotas
siempre triste y siempre grave,
con la tristeza de un ave
que tiene las alas rotas.

En las fiestas donde hay gozo,
tú bebes penas sin tasa,
porque siempre vas a casa
sin bailar con ningún mozo.

Tú sufres cuando al sencillo
juego de prendas jugamos
porque ninguno dejamos,
en tus manos el anillo.

Al alimón, el recelo
de algún muchacho malsano
hace que al darte la mano
la cubra con su pañuelo.

De la fuente cuantas noches
llorando y sola viniste
porque el cántaro rompiste
harta de sufrir reproches.

De honrada aunque humilde cuna,
a ningún hombre acomodas;
¡siendo mejor que ninguna!
¡siendo más guapa que todas!

El pueblo en tu sufrimiento
y en tu pena se solaza
porque no hay un casamiento
que no pase por tu casa.

Una amargura sincera
destruyendo o a tu pecho,
dime mujer, ¿tú que has hecho
para que nadie te quiera?

CASTO PINO.



NUEVOS ESCRITORES ESPAÑOLES

MARIO VERDAGUER

La aparición, en 1.926 de *La isla de oro*, bellísima novela consagrada a la isla de Mallorca, y una de las más interesantes producciones de su género en la literatura española contemporánea, reveló el nombre de un formidable escritor que permanecía hasta entonces oscurecido en el anonimato a que obliga el periodismo de información: Mario Verdaguer. Este prosista era vagamente conocido en Barcelona, y sus amigos, que lo sabían poseedor de múltiples y profundas aptitudes artísticas, deseaban impacientemente su primera producción, que confiaban sin duda alguna, había de responder a las esperanzas en él cifradas.

Y vino *La isla de oro*, maravilla de soltura verbal y de colorido, de amplia visión objetiva y de idealismo romántico, «no sólo la descripción pulcra, vibrante, que el hijo de la tierra balear traza como cántico entusiasta de la misma—decíamos nosotros a raíz de su aparición—al estar enamorado de la paganía de su naturaleza exultante y próspera, que cautivó ayer, entre otros, a Musset, Jorge Sand y Darrío, sino toda una novela maestra, de irreprochable factura, ejecutada con tan hábil dominio de la técnica como límpido estilo. Su profundo sentido moderno, en el que lucen las audacias retóricas de D'Annunzio junto a las exuberancias pictóricas de Blasco Ibáñez, no es óbice para que al través de su trama aparezcan tanto los sencillos pasajes de autobiografía como los difíciles momentos en que se debaten tumultuosamente las más opuestas pasiones, que fluyen a veces como por arte de ensueño, en un conjunto o mundo cosmopolita y paradójico, creador de las más opuestas situaciones.»

He aquí que Mario Verdaguer ofrece ahora su segundo libro, que lleva el extraño título de *El marido, la mujer y la sombra*, y ha sido dado a la estampa, como el primero, por la «Editorial Lux», de Barcelona. Empero constituir novela moderna, más marcadamente moderna que la primera, en la que se observan las hondas influencias de esas corrientes superrealistas que van tomando arraigo de día en día, denota desde sus primeras pá-

ginas—por ese sustrato subjetivo del estilo que no siempre podemos explicarnos y menos definir—el creciente dominio de sus facultades de prosista que sabe juntar a la inspiración y originalidad de las narraciones, el sentido lírico y sincero que debe resplandecer, para realizarla, en toda obra literaria, y la preocupación por su eficiencia en el devenir del Arte. Novela de entelequias, de preocupación por las contradicciones humanas, de introspección en lo arbitrario y ficticio que todos llevamos consigo, de misterio por la ligazón entre el pasado, el presente y el porvenir, que nos hace recordar la manera de hacer de Pirandello; novela con personajes algunos de los cuales adquieren categoría de héroes de Dostoiewski; novela de humorismo sutil, de espontaneidad y de duda humanas. *El marido, la mujer y la sombra* acredita a Mario Verdaguer como un gran alquimista del arte literario, constante captador de nuevas fórmulas, amplias e imprecisas, de la imaginación y el verbo. En las páginas consagradas a la descripción del paisaje catalán y, principalmente, la ciudad de Vich, cuna de sus mayores, Verdaguer alcanza esa serenidad y culminación plenas de los Azorin, Rusiñol y Miró—los insuperados intérpretes de la vida y el ambiente provincianos. Y sus imágenes, la agudeza de su observación, la eterna inquietud por el sentido de los seres y las cosas, la sensibilidad quintaesenciada con que se manifiesta toda reacción de su espíritu y su retina ante el mundo exterior y el enigma de la vida, acreditan firmemente estos elogios que tributamos, sin restricción alguna, a Mario Verdaguer, de quien pronto nos será dado leer otras producciones: *Piedras y viento*, *Eva fuera del Paraíso*, etc.

ANGEL DOTOR.



Escritores de América Española en París

JOSÉ G. ANTUÑA

El círculo de los escritores de habla española radicados en París se acrecienta más y más cada día, y digámoslo, con regocijo y en honor a la raza, para honra de nuestra propia cultura.

Ellos, en efecto, contribuyen de manera eminente, a prestigiar las letras castellanas en el centro de la cultura latina. Ya no se trata en los días que corren de individualidades aisladas que desde la capital de Francia realizan la obra intelectual, y la expanden a todos los vientos de la publicidad, ya sea desde las revistas, la encumbrada tribuna y las cátedras parisienses, la casa editorial o el periódico. Actualmente es una pléyade brillantísima de intelectuales de las distintas naciones trasatlánticas y de España misma, la que se ha constituido en París en grupo homogéneo, desarrollando una acción metódica y gallarda que refleja lealmente el estado espiritual de aquellos pueblos. ¿No es, acaso, un núcleo organizado y permanente el que constituyen, cuya acción se ha hecho sentir fuertemente en medio a la vida intelectual parisiense, el que constituyen Alfonso Reyes, los García Calderón, Gonzalo Zaldumbide, Vasconcelos, Argüedas, Gabriela Mistral, Contreras, Edwards Bello, Belaunde, Mesa y otros muchos, y a los que desde hace algún tiempo se ha agregado la noble figura literaria de José G. Antuña?

Hoy debo referirme a este último, no tanto por el acontecimiento que esta incorporación significa, sino por el suceso intelectual de la más alta alcurnia que ha aparejado la aparición de su último libro de crítica y conferencias intitulado «*Litterae*».

Antuña ya había tenido ocasión de anunciarse meses anteriores con su libro de versos «*Los Viejos Ritmos*», justamente celebrado por la más alta crítica de España y América. Se trataba, en realidad, de una obra de aliento, y como tal, apareció apesar de la modestia y el escepticismo de su autor que se empeñara en presentarla como una simple recopilación de *viejos ritmos* olvidados que piadosamente salvaba del olvido.

Pero la perenne frescura y el hondo sentido de su acento lírico, no pudieron ocultarse en la penumbra de escepticismo con que los envolviera su autor. Y ahí están esos ritmos de emoción y encanto proclamando la supervivencia de la única poesía capaz de conquistarla: la poesía de la sinceridad, de la emoción y la música.

«*Litterae*». Hé aquí un libro medular y definitivo, desde el punto de vista de su

enjundia crítica y de la orfebrería maravillosa de su prosa. Ningún crítico de la América española después de Rodó, ha podido hermanar en consorcio tan íntimo esos dos atributos espirituales. Hay allí páginas de una altura mental y artística admirables. Lo que Rodó fué para la obra de Rubén Darío, Antuña lo es para la obra de Leopoldo Lugones. Nunca un estudio más completo pudo hacerse del gran argentino y al mismo tiempo de todo lo que se refiere a ella misma, desde el punto de vista del más amplio comentario crítico.

Pero como lo afirma con entera justicia Francisco García Calderón en el prólogo del libro, «a todos los dominios, con amable eclecticismo, lleva su actividad y su autoridad el escritor uruguayo. Su pensamiento es siempre elevado y generoso, robusto su optimismo que le arma de serenidad. Cree y espera, apesar de la duda omnipresente. El único peligro para

nuestro desarrollo está, según él, en la intolerancia, en el dogma estrecho y coercitivo. Combate reglas yertas y escribe que no existen «fórmulas inmutables y definitivas, ni pautas incommovibles». ¡Con qué fervor manifiesta su entusiasmo por el ideal, por la pasión de la justicia pura, por la tenaz aventura de los hombres! No está nunca del lado del filisteo ni de Mr. Homais.

Como lo significa el prologuista al final de sus honradas páginas iniciales, el parlamentarista que fuera el señor Antuña en su tierra uruguaya, y de cuyo paso por el Foro dejara huella preclara, se ha transformado aquí en París, en el entusiasta militante de las letras, sirviendo de tal modo en forma no menos eficaz y brillante a su propia patria y al acervo moral de su Continente.

«Sigámosle con simpatía en esta peregrinación brillante y difícil», termina García Calderón. Efectivamente, simpatía,

profunda simpatía merecen estos grandes desinteresados, que lejos de los honores oficiales y de las canongías, trabajan con tesón admirable y crean obras durables. Es así que dentro de breves días aparecerá «Palabra» el nuevo libro de Antuña, conteniendo sus conferencias y discursos académicos, y muy luego su obra fundamental referente a la vida internacional americana frente al continente europeo y que constituirá la tesis, fruto de dos años de labor constante en el seno del Instituto de Altos Estudios Internacionales.

Es por ello que frente a la obra y el ejemplo de este obrero del pensamiento hispano-americano, nosotros a nuestra vez «saludamos con alborozo esta epifanía».

E. ALVAREZ DE CIENFUEGOS.

París, Marzo de 1927.

NORMAS

UN NUEVO ENSAYO SOBRE LITERATURA TEATRAL

Hace noches asistí al teatro. Se representaba por una compañía modesta, unos de esos grandes éxitos de risa. No obstante mis buenos deseos de juzgar cuanto allí ocurrió me ví de fraudado. De «disparate cómico» calificaba el autor la obra. Y yo creo que eso fué su mejor acierto.

Los grandes autores cómicos Terencio, Molière, Regnard, Goldoni, no tuvieron necesidad de «retorcer»—si se me permite la frase—los personajes, para hacer reír. Bien es verdad que si como escribe Mosen Jacinto Verdaguer, cada pueblo reproduce su vida poética en relación con las circunstancias exteriores, comparemos la cohesión espiritual de la Europa gloriosa de ayer con la de nuestros días. En Alemania, Italia, Portugal, Francia, y España había un decidido interés por el estudio. Y en Salamanca, Alcalá y Coímbra, la poesía latina y la griega con los vivísimos colores de los Horacios, Virgilio y Homeros se dejaba escuchar en sus cátedras. Sea por ese afán de vivir tan aprisa, sea por ese vértigo que nos hace

pasar la vista por todo, con un gesto de indiferencia, el teatro como manifestación del arte, atraviesa por un período de transición muy digno de estudio.



El Ministro de Instrucción Pública con el Encargado de Negocios de Italia, Presidente de la Real Academia de la Historia, en el acto de descubrir la lápida conmemorativa de la toma de posesión de S. M. el Rey de Italia como miembro de dicha Academia. Fot. Marín

La lírica enmudeció. Era el Ideal el que en sus días esplendorosos, avivaba el sentimiento poético de los pueblos. Las grandes épocas de la historia, y los más celebrados hechos de los siglos de epopeya, le daban vida. En una palabra, se creía, había más fé. ¿Pero en qué se cree

ahora? Los hombres que en delicadas composiciones de ritmo y forma cantan la Belleza, apenas si despiertan la admiración de las gentes. Aún quedan poetas sin atreverse a pisar la escena. La lírica lleva hoy al periódico, al libro, al teatro, los extravíos locos de esos poetas que se desmayan ante una copa de champaña, con una chalina mugrienta, un pelo descuidado y un sombrero aeroplano de los que se llevan en tierra caliente. No existe en este mal poeta dramático la perfecta armonía de todas las facultades del alma que es germen del arte, no hay tampoco un profundo conocimiento de los hombres y sus inclinaciones, ni un sentido perspicaz, ni imaginación, ni inventiva, ni reflexión, ni facilidad para penetrar profundamente en la naturaleza, ni sensibilidad ardiente, ni siquiera elevación de fantasía. No hay nada, y los pocos poseedores de estas cualidades, lejos de cenáculos literarios y de todas esas pasioncillas de baja estofa, esperan el momento propicio de poder surgir. Y habrá poetas.

*
**

En la comedia, pasamos del género romántico, que tantos años imperó, produciendo una emoción intensa, al realismo, a la comedia de tesis y a esa otra «alta» comedia que confina con el drama. El patrón al que todos los autores se sometieron fué primeramente al patrón Moral. La mujer virtuosa que salía a escena se le hacían decir unas cosas tan bobas y tan cursis, que lejos de ensalzar la virtud, la ridiculizaban. Más tarde vinieron los sermones con su cortejo de tópicos y sandeces. Un banquero se erigía en *dómine* hasta el punto de querer hacer pasar a todos los ricos, por unos santos varones, y a todos los pobres por unos sirvergüenzas. Claro que el objeto era levantar el aplauso del elemento capitalista que veía en estos autores, a aquel gigantesco guardia civil, del que nos habla Revilla, guardador eterno de sus préstamos al ochenta y noventa por ciento. Y a este tenor todos los demás *patrones*. Se hicieron melodramas cuyo único fin era hacer llorar a la «galera».

A este desenfreno había que ponerle un obstáculo. Y el obstáculo fué Jacinto Benavente con sus comedias. Ellas trajeron una innovación, una nueva escuela, una reforma, en fin, al teatro.

Si para Echegaray lo sublime en el arte

estaba en el llanto, en el dolor, en la muerte, para Benavente estaba en su realismo. Porque en él, aparte de esos valores de presentar con estilizada ironía la gama cromática y viciosa de una sociedad enferma, parece, como dice José León Pagano, que se distrae en bagatelas múltiples o en fugitivos caprichos para definir realmente un carácter.

En el hay un sensitivo absorbente, o como escribe mi estimado maestro el distinguido literato don Jesús Rincón en un estudio crítico muy apreciable, «un analista minucioso de las pequeñas grandezas».

La crítica no tuvo entonces ni una palabra de estímulo, ni un aplauso. Al contrario, a raíz de los primeros estrenos todo fueron diatribas y comentarios. El procedimiento de Saint-Beuve, la base de su crítica, y el eje de su estudio, de mirar «la obra en sí», no fueron ciertamente los derroteros que siguieron nuestros críticos. Hubo miradas a la persona, no a la obra. Y la obra se impuso, y triunfó. Iba en contra hasta de esa máxima que ha corrido de boca en boca, desde Bourget hasta el último escritor «la novela es análisis, el teatro síntesis» Y Benavente llegó a ser, y lo es, muy analista.

¿Porqué esa polvoreda de dicterios que levanta ahora el superrealismo de Azo-

rin? Yo comparo este movimiento de opinión producido por un prurito de amor propio, con la iniciación que tuvo el corte de pelo «a lo hombre» Al principio, de lanzarlo el figurín de moda, no lo llevaban más que las camareras de cafés-conciertos. Mas tarde, cuando linajudas damas aristocráticas lucieron por las calles el cuello rapado, había que oír a la gente ¡qué escándalo!... ¡esas mujeres que han perdido el juicio!... Y ya ven ustedes... Hoy llevan melenas hasta las mismas casadas, ante el infantil regocijo de sus maridos.

Igual va a suceder con este ensayo de literatura teatral.

No quiero prolongar este artículo haciendo una historia sucinta del superrealismo, examinando además el carácter de nuestra crítica, y estudiando la educación artística del público. Si acaso, serán estos temas motivos de nuevos trabajos. Tampoco quiero esbozar, la trayectoria que de aquí en adelante pueda tomar la novísima escuela. Todo será hasta que el público intelectual, de suyo tan tornadizo, se asome a este flamante escenario, y lo encuentre grato. Entonces, quién sabe si este Azorín tan duramente castigado por la crítica, «encarnará» en un «Benavente de moda» al cabo de unos cuantos años. ¡Y eso sí, que llegaría a ser notable!

C. SANTOS-REDONDO.

MISCELANEA

A la ilustre escritora Concha Espina le ha sido concedida la gran medalla de Arte y Literatura de la «Hispanic Society of América», tan preciada como valiosa.

Su obra «Altar Mayor» aparecerá, ahora, vertida al italiano, con prólogo de Farinelli.

También han sido traducidas al ruso sus admirables novelas «El Metal de los Muertos» y «La Esfinge Maragata», publicadas en Petersburgo.

La incesante labor de la eminente publicista va adquiriendo cada día mayor difusión y resonancia.

El ilustre publicista peruano Víctor Andrés Belaunde, director de la revista *Mercurio Peruano*, ha dictado recientemente, en uno de los anfiteatros de la Sorbona, de París, dos conferencias sobre «El Pensamiento Americano, de Bolívar a Rodó».

El poeta Jules Supervielle que, como el conde de Lautréamont y Jules Laforgue,

nació en el Uruguay y es uno de los valores literarios más bien establecidos de la joven poesía francesa, acaba de publicar su segunda novela *Le Voleur o' Enfants*.

Es un libro inquietante, lleno de atisbos líricos y de bellas páginas en que el humor se mezcla a la tristeza, en que el lirismo es la aguja que dirige todas las pasiones del personaje central, el raro coronel sudamericano Filemón Bigua, que ha logrado crearse en París una familia de niños robados. Vive en un rincón de un barrio elegante y en su ambiente de silencio y de misterio ha instalado la pampa: este pasaje de la novela es posiblemente lo mejor del libro.

Novela de poeta, en ella la realidad está deformada, deliciosamente, por la fiebre lírica que construye el mundo de acuerdo con todas las variaciones de lo subjetivo.

Hemos leído en «La Libertad» de Badajoz, un artículo suscrito por nuestro asiduo colaborador Sr. Santos Redondo,

cuya idea ha sido recogida por los más importantes periódicos de España.

Mister Parks, propietario acaudalado, en una pequeña ciudad de la Pensilvania y una de las más importantes en el condado de Blair, se propone construir en Altoona, «la casa más histórica del mundo» con trozos de piedras de las casas que habitaron los hombres más célebres y los capitanes más audaces.

El Administrador principal de Correos de Badajoz, Sr. Morán, ha recibido una carta en la que dicho acaudalado señor le ruega el envío de un trozo de piedra — al que limita dimensiones — de la casona que habitó, en la villa de Barcarrota, Hernando de Soto, Adelantado Mayor de España en la Florida.

Este delicado rasgo que saca a luz nuestro colaborador, ha merecido los más variados comentarios, hasta el punto que el señor Santos Redondo está recibiendo multitud de cartas en las que piden datos más completos sobre el grandioso proyecto de Mister Parks, entre ellas la de un prestigioso aristócrata que ha ofrecido enviar unos objetos de arte, para dicha casa histórica.

DIFRACTALIA

El Triunfo de los Mediocres

Unas veces he oído y he leído otras, la expresión de cierta extrañeza ante el hecho universal de que sean los mediocres los triunfantes en diversas manifestaciones sociales y principalmente en la dirección de los pueblos.

¿Por qué, se dice, han de ser las capacidades mentales medias las que triunfen?

Unos, los más vulgares, lo achacan a la audacia. Como la ignorancia es atrevida, dicen, el hombre que tiene conciencia de su valer no se aventura; en cambio, el ignorante se cree en condiciones para todo y su audacia lo conduce al éxito.

Otros lo atribuyen a la democracia imperante. Siendo la mesocracia el predominio de las medianías, todo ha de resultar mediano; los de arriba y los de abajo deben ser eliminados para que imperen los mediocres.

La audacia es, en cierto modo, un factor muy importante, pero no decisivo para llegar. Es algo esporádico, no general, y de ahí que veamos en la cúspide, tanto de los negocios como de las demás actividades humanas, al lado de los audaces, a los tímidos, y junto a los más intrépidos optimistas, a los pesimistas más hipochondríacos.

La mesocracia no puede ser tampoco la causa determinante del fenómeno, pues ello implicaría el triunfo de las clases medias; cosa que a pesar de toda la democracia de esta época no sucede, ni tiene por qué ocurrir. Tales clases son las más oprimidas en una porción de aspectos de su desenvolvimiento.

Hay que buscar al factor determinante en la marcha histórica de la humanidad, donde se halla su verdadera raigambre, y analizar en conjunto las tres grandes etapas de la evolución psicológica humana. Tales etapas pueden ser llamadas: del *armismo*, del *leguleyismo* y del *culturismo*. No se manifiestan ellas separadamente con netos confines, sino como compenetradas, con predominio de una de sus características sobre las otras dos, según las épocas.

Hemos de entender por *armismo* la imposición de las armas y por lo tanto de los hombres que sobre ellas sustentan el triunfo. No hay que confundirlo con el *militarismo*. En éste domina la organización militar, que es digna de todo elogio, tanto por la cultura que representa un ejército, como por ser éste a veces la parte social más sana en una nación y por ello poder salvar, en ocasiones, la dictadura militar a un país de graves males sociales. El *armismo* empieza en el individuo que coacciona a otro mediante la amenaza con un arma, y se desarrolla en la represión colectiva ocasionada por núcleos armados más o menos numerosos. La historia nos enseña que, actualmente y en las naciones civilizadas, no hay grandes núcleos armados más que en los ejércitos, pero no siempre ha ocurrido así: en épocas antiguas, han sido muy frecuentes las coacciones cometidas por colectividades sin organización militar. Por ello el *armismo* se encuentra en la primera etapa de la civilización.

Es entonces cuando los hombres más sanguinarios y rapaces se hallan a la cabeza de sus pueblos dominando por el prestigio de sus fechorías, cuando no por el terror. Cuantos les rodean y ejercen autoridad es a costa de la imitación de su jefe con el que suelen competir en crueldad. Y así amaneció la historia de la humanidad con sus clanes, en cada clan corriendo la sangre de su totem unas veces, y otras la del ser humano que estorbaba o tuvo la desgracia de quebrantar un tabú.

Poco a poco el hombre se va civilizando al sentir la necesidad de una cesación de tanto horror, de un principio de justicia, y empieza a nacer la legislación y con ella el derecho. Sin embargo, el hombre ya privilegiado por su situación, no siente ningún deseo de dejar un puesto que le conviene y consagra cuanto puede beneficiarle, al mismo tiempo que todo cuanto contribuya a perjudicar a sus enemigos. Al lado de tantos egoísmos van perfeccionándose las leyes, provistas de cuantos recovecos son necesarios para hacer indispensable su interpretación. Y se hace preciso abogar por todo el que tenga algún contacto con la ley, y éstas se multiplican tanto que no puede abogar cualquiera, sino un especialista. En tales circunstancias, suelen ser estos especialistas quienes se hallan más indicados para retener el poder, porque en su mesa de trabajo tienen distribuidas las interpretaciones de las leyes en dos grupos: a la derecha las favorables, para brindárselas a los afines y a la izquierda las nocivas, para combatir a los contrarios. Nadie tiene razón. El que se sienta en aquella mesa es el único árbitro.

A pesar de los defectos de esta etapa sus progresos son notorios y comparándola con la anterior se ve el paso gigantesco dado por la humanidad en su evolución. En ella se aprecia el abolengo y junto a la aristocracia de la sangre surgen la del dinero y la de la política y empieza a esbozarse la del talento. En ella se da un sentido reverencial al dinero, en la cumbre de su apogeo. En ella es donde triunfan los mediocres porque los peores ya no tienen cabida y los mejores están formándose; aún no ha llegado su hora. Por eso se les ocupa confundiendo con los técnicos y cuando alguno descuella en demasía se le aísla con algunos honores y unos cuantos billetes de banco para que no se acerque demasiado al *sancta sanctorum de las leyes*. Estos más adelantados, los que ven en el porvenir el designio del desenvolvimiento humano y en el presente los medios con los que seguramente la humanidad sería feliz y bondadosa, comprendiendo que llegará el momento de acabar su ciclo en la tierra sin haber podido ni esbozar sus salvadores planes, aconsejan al poderoso, tratan de iluminarlo para que vea como ellos un remedio a cada mal y lo aplique. Pero la aplicación se hace lentamente, tórpida, para no lesionar los intereses creados que representan la suma de los egoísmos de los menos y son causa de la desdicha de todos, de la desesperación

de muchos y de la muerte prematura de bastantes.

La humanidad en su evolución ha pasado de la infancia a la adolescencia, de lo malo a lo mediano y he aquí la única causa de su mediocridad y el porqué de ver que muchas naciones han sido conducidas por los mediocres. No han imperado en ellas los Aristóteles ni los Hegel, ni los Sakespeare, ni los Cervantes, ni los Lombroso, ni los Edison, ni los Newton, ni siquiera sus bienhechores más notorio como los Pasteur o los Erlich. No. Cuando ellos nacieron fué para sembrar ideas, para contribuir al progreso de un modo lento y no para llevar a sus pueblos a una etapa brillante de desarrollo. ¿Qué podían hacer rodeados de masas poco cultas y egoístas que servían de pedúnculo a sus conductores, en los cuales se reflejaban las mismas virtudes y vicios de ellas?

A pesar de todo, tal ambiente fué favorable a la evolución y en él ha prendido el *culturismo*, el cual vemos como va desarrollándose lentamente a través de los siglos. Ni Grecia, ni Roma, ni Egipto, ni la India, antes; ni ahora ninguna nación moderna, se ha desentendido del todo de la cultura y cada vez es mayor la atención que se la va prestando. Se multiplica el número de culturales los cuales van ocupando lentamente sus puestos correspondientes, estando ya a la vista que en las naciones civilizadas se sobrepasa por la mayoría el nivel cultural medio y se termina la era de las leyes anfibológicas, de los que reverencian al dinero y de los que no subordinan sus conveniencias al imperio de la justicia, surgiendo en el poder a modo de eflorescencias de los mejores, los genios de la época, que conducirán rápidamente a los humanos a la vida paradisiaca para la que fueron creados en la tierra y que por ley de Dios y por cultura les corresponde.

VICENTE GANZO

✠ ————— ✠

ARABESCOS FILOSÓFICOS

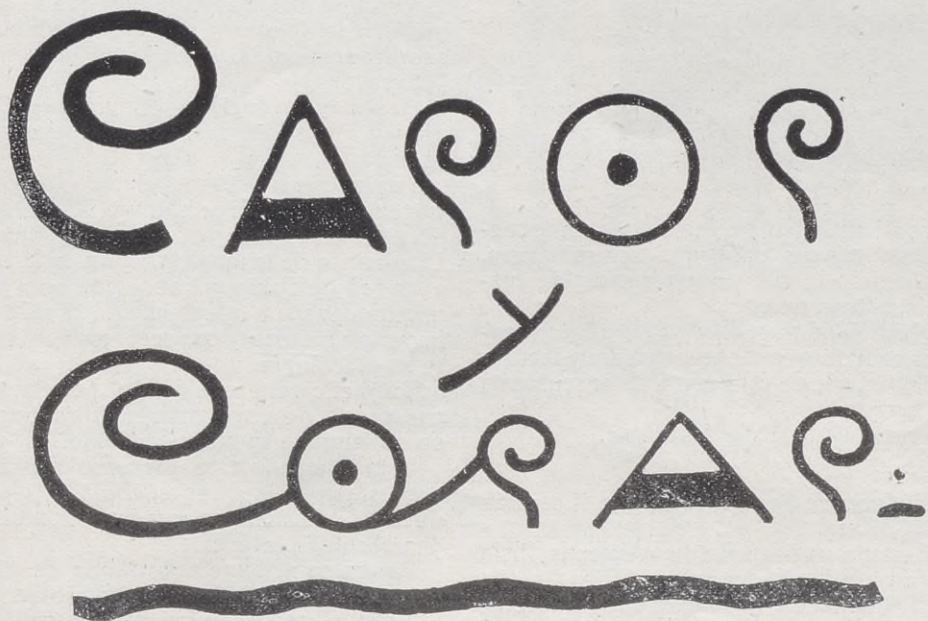
No hay dinero en el mundo con qué pagar la sonrisa de una mujer; sobre todo de una hermosa. Es como si quisiérais pagar una aurora, un celaje, un crepúsculo o un arco iris.

La hospitalidad en un país está, no en lo que os dan, sino en la manera de dároslo, no en lo que os sirven, sino en la manera de servíroslo.

Nada hay tan contagioso como el optimismo. Vivir con un amigo optimista es encontrar la clave de la felicidad.

Cuidad de que aquella a quien amáis no se fastidie nunca. La miseria, los disgustos, el desamor, los celos, son pruebas de las que puede triunfar, de las que triunfa de hecho, a cada paso, una mujer amante. Del fastidio casi no triunfa ninguna.

AMADO NERVO.



CURIOSIDADES LITERARIAS

SONETOS MÍNIMOS

I
Unisílabo
RUTH

—
A
ti
va
mi
flor.—
pues
es
por
que
te
lo
dí
mi
yo.—

II
Desílabo

—
LEONOR

—
¿Te vas?
¡adíos!
jamás
mi voz
oirás
y vos
tendrás
atroz
pesar
porque
tu amor
¿podré
olvidar
LEONOR?

III
Trisílabo

—
Carmenza
—
Tus ojos
excitan,
evitan
enjos,
y rojos
palpitan
y quitan
antojos
tus labios
si besas;
agravios
repulsan;
tristezas
endulzan.

IV
Tetrasílabo
Esperanza

—
Alma mía
si pudiera
yo quisiera
ser el día.
Melodía
que tuviera
hechicera
sinfonía,
para darte
luz propicia,
prodigarte
mi caricia
y besarte
con delicia!...

J. M. PANIAGA PRADO.

Matagalpa, 1927.

DICHOS Y HECHOS

LOS CONSIDERANDOS

El veterano político Marqués de la Vega de Armijo se había enfadado mucho con Maura, y le había dirigido palabras terribles.

D. Antonio, curioso, pensó en alta voz y en pleno Congreso:

— Sería sorprendente averiguar los considerandos que tiene la indignación de su señoría.

EL ORIGEN DE ALGUNOS HOMBRES CÉLEBRES

Napoleón descendía de una familia obscura de Córcega, siendo sargento cuando se casó con Josefina, la hija del hacendado criollo de la Martinica.

Espartero, famoso general español, era hijo de un carpintero.

Havillaud era un dibujante y fue un observador naturalista francés, que en su obra «El imperio del aire» determinó las leyes del vuelo de las aves y fue el primero en construir y hacer volar un aeroplano.

Rousseau, elocuente escritor, filósofo y publicista francés, hijo de un relojero.

Bolívar era hijo de un boticario.

El Marqués de Jouffroy fue el inventor de la navegación a vapor, hecho que generalmente se atribuye al americano Fulton.

Vasco de Gama desempeñó en su juventud el humilde puesto de marinero.

Murat, célebre general francés, rey de Nápoles, era hijo de un posadero.

Galileo, el célebre astrónomo, era pobre y descendía de padres humildes.

Jenner, médico inglés, ejercía en un partido cuando descubrió la vacuna contra la viruela.

Lavaissier fue el verdadero creador de la química moderna, siendo guillotinado en la época del Terror, en 1874.

Stephenson, ingeniero inglés, inventor de las locomotoras y padre de los ferrocarriles, nació en humilde cuna.

Alberoni, político profundo, ministro español y príncipe de la Iglesia.

Moore, pintor y escultor americano, fue quien en 1832 inventó el primer telégrafo eléctrico.

NOTA CÓMICA por Izquierdo Durán.



—Pero hombre, ¿qué le pasa a usted?
—Pues... que me han quitado el reloj.
—¿Y era de repetición?
—Sí, me lo habían robado otra vez.



En esta sección daremos cuenta de todos los libros que nos sean remitidos, siempre que recibamos dos ejemplares. La redacción se reserva el derecho de no dar cuenta de aquellas obras que, por sus ideas o tendencias, no se ajusten a la índole de esta revista.

Imitación de Cristo, por Fr. Tomás de Kempis.—Librería Herder, Barcelona.

Esta traducción española de Fr. Luis de Granada, según la primera edición hecha en Sevilla en 1536, seguida de oraciones y ejercicios religiosos y con la aprobación de los Excmos. e Ilmos. Sres. Arzobispos de Friburgo y Valladolid, ha sido editada por la Librería Herder, de Barcelona, y forma un lujoso volumen en 24.º, de cerca de 500 páginas, impresas en papel especial y con artística encuadernación.

Precio del ejemplar: 2'75.

* *

El Rey de la Jungala: varias novelas de aventuras, por el capitán Luigi Motta, con un prólogo de Luis Bousenard, traducción del italiano por Gonzalo Calvo.

Otro volumen acaba de publicar la Casa Editorial Maucci, que es una nueva gema preciadísima para engastar en esa joya que se llaman las Novelas de Aventuras, del inspirado y fecundo autor italiano. Esta vez se trata de una colección de once narraciones, en las que la fantasía del brillante e imaginativo escritor encuentra ancho campo en que desarrollar los variados destellos de su inagotable inspiración.

Ya son las exuberantes selvas de la India y sus misteriosos ríos sagrados con las fantásticas embarcaciones tripuladas por los teatrales piratas que han sido protagonistas de tantas aventuras como exaltarán durante decenas de años las imaginaciones de una numerosa generación y que hoy vemos reaparecer en la realidad cuando ya los creíamos perdidos en las brumas de los hechos pasados. Ya episodios emocionantes de las arrogantes iniciativas de los conquistadores españoles en aquellas tierras de Ultramar, adonde los arrastraba la sed del oro y el acicate del desconocido, animados siempre por alcanzar aquel inalcanzable Eldorado de la leyenda. Las penalidades y peligros de los deportados, que se evaden de Cayena o de Nueva Caledonia. Las increíbles cacerías de Luis Bousenard en las riberas del Maroni. La fiereza y astucia de los indios seminolas. La vida azarosa de los pescadores de ballenas y el temple indomable de aquellos modestos héroes. Las caballerosas tradiciones de los aristocráticos *samurais* y de las dulces *gheishas* japonesas, representándose en los mágicos y milenarios bosques y templos de aquellas montañas habitadas por los espíritus de los venerados ascendientes. Esto y mucho más pasa ante la imaginación del lector en kaleidoscópico esnario: jaguares, tigres, serpientes, bosques en llamas, mares tempestuosos, encarnizados combates, intrincadas selvas envolviendo en su mortal abrazo al hombre civilizado, todo ello contribuye a hacernos pasar unas horas viviendo la vida de

la fantasía, al mismo tiempo que aprendiendo alguna cosa que no sabíamos, realizando la clásica aspiración de instruirnos con deleite.

Nueve lindos grabados de página entera contribuyen a hacer amena la lectura del libro, que ostenta una artística cubierta en tricromía.

Precio de la obra: 5 pesetas.

* *

El León de San Marcos, por el capitán Luigi Motta.

He aquí una novela de aventuras, llena de un profundo interés, y cuya trama, admirablemente urdida, seduce al lector y le lleva, de capítulo en capítulo—podríamos decir que de página en página—a compenetrarse con la suerte de los personajes, que desenvuelven una vida de fasto, de intrigas y ambiciosas luchas en la Venecia de los dux.

Sombrias delaciones, duelos, fiestas espléndidas, la emoción popular, vibrante y entusiasta por el triunfo de las armas de la República; la soñadora visión de los canales; la majestad silenciosa de las góndolas en la noche; la corte, el séquito lucido y brillante de las lindas dogaresas.

...Todo esto tiene un vigoroso relieve en la novela de Luigi Motta, donde, en torno a una sugestiva historia de amor, se desarrollan las ocultas conjuras, la paciente labor de zapa que va socavando el sitio de los dux y amenazando la existencia de Marino Faliero.

Leer *El León de San Marcos* es percibir, al través de la más cautivadora ficción escrita, el horrible perfil de una decadencia: la de la aristocrática República de los dux, descrita aquí amena y brillantemente por la pluma de Motta, cuya experimentada pericia en el género histórico y de aventura está abonada por una larga serie de obras, llenas todas de una intensa y mantenida emoción.

En esta novela destacan con singular fuerza las excelentes cualidades de narrador que adornan al interesantísimo autor italiano.

La versión española de *El León de San Marcos*, que está admirablemente hecha por el brillante literato Sr. Hernández Luquero, constituye un volumen de 288 páginas, que la Casa Maucci de Barcelona acaba de poner a la venta.

Ostenta una preciosa cubierta en colores, de Gastón Pujol, y se vende al precio de 5 pesetas.

* *

Tanka (poesías japonesas) de Nico D. Horiguchi.—Selección y traducción de Munio Nisay. Sociedad General de Librería, 4 pesetas.

Las poesías que con el título de «Tanka» ha escrito el poeta japonés contemporáneo Nico D. Horiguchi, no solo evocan el mundo oriental sino que revelan un sabor perfectamente occidental.

Dijérase que ha plasmado el alma japonesa en la civilización europea.

Hablan estas poesías de amores, de tristezas, de ensueños; llegan al alma y

fascinan al lector de tal modo que le subyugan y le obligan a releerlas meditando sus pensamientos y deleitándose con su belleza.

Han sido traducidas al inglés, al francés y a otros idiomas, con gran éxito de librería.

Tanka que ha sido traducido directamente del japonés por Munio Nisay, seudónimo del Dr. D. José Muñoz Peñalver, catedrático de lengua española en la Universidad de Tokio y Yokoama, nos permite poder vivir intensamente la vida del imperio nipónico y conocer profusamente su psicología.

Todo ello está avalorado por la circunstancia de ser el primer libro impreso en lengua española en Tokio.

Está ilustrado este precioso ejemplar con estampas japonesas, copia o reproducción de artísticos cuadros y dibujos de notables pintores.

Tanka contribuye a la labor de difusión cultural de la lengua española.

De la venta exclusiva de esta obra está encargada la «Sociedad General Española de Librería, S A».—Madrid.

* *

El Obispo leproso por Gabriel Miró. Biblioteca Nueva.—Madrid.

Es, sin duda alguna, esta novela la «obra cumbre» del ilustre Gabriel Miró. En ella, como en ninguna otra, resplandece su admirable estilo, luminoso y transparente, que le ha colocado en la vanguardia de los más brillantes escritores contemporáneos.

El Obispo leproso ha obtenido un gran éxito de prensa y librería y esta es su mejor recomendación.

Precio del ejemplar: 5 pesetas en las principales librerías.

* *

Dafnis y Cloe por Juan Valera. Biblioteca Nueva.—Madrid.

Forma este volumen el tomo X de las obras completas del inolvidable maestro Valera y es una de sus más famosas novelas, tan elogiada por la crítica, desde su primera edición.

La Biblioteca Nueva, ha hecho una bellísima edición, lujosamente impresa y con artística cubierta, demostrando así el buen gusto que caracteriza al director de tan prestigiosa editorial, el cultísimo escritor D. José Ruiz Castillo.

Precio del ejemplar: 5 pesetas.

* *

Oriental, por Julio Silva.—Montevideo, 1926.

Julio Silva, es un poeta joven de quien puede esperarse mucho, ya que, a nuestro juicio, su libro *Oriental* es solo una orientación, un preludio de la futura obra del autor.

En las composiciones de este libro hay delicadeza, emoción, sensibilidad. Son estrofas que cantan a la ciudad, a los viejos recuerdos del abuelo, a la playa lejana y a cuanto tiene para el poeta una agradable evocación.

Oriental, en conjunto, es un libro que se lee con gusto y que no cansa. Y esto es ya bastante.

ADVERTENCIA.—Agradeceremos a los señores autores y editores nos envíen siempre los libros bajo certificación, para evitar extravíos. (N. de la R.),